



CAPÍTULO TRIGÉSIMO-PRIMERO

Ciencias Sociales

En la segunda mitad del siglo décimo-noveno, se efectúa en la vida del pensamiento una transformación total, profunda, como no se registra semejante en todo el curso de la historia. La filosofía metafísica, inspirada en los conceptos fundamentales é indemostrables que heredara de la Escolástica, es definitivamente abandonada, volviéndose la atención á la filosofía científica, positiva, que por el estudio paciente y concienzudo de la realidad aspira á descubrir las leyes universales que rigen los fenómenos. La filosofía de la historia, apriorística también, partiendo del supuesto de una causa general que regula el curso de los hechos conforme á un plan, es suplantada por la Historia científica y por la Sociología, que, atentas á las causas segundas, al sin fin de circunstancias que constituyen el medio natural y el social, aspiran á descubrir las leyes que gobiernan la vida de las sociedades. A la Psicología antigua, mítica, con su vacío postulado del alma y sus facultades, sustituye la Psicología experimental, que, basada en el principio de que «todo estado psíquico tiene por sostén un estado nervioso», trata de penetrar en las intimidades de la vida consciente por los procedimientos de las ciencias biológicas. Esta gran revolución se realiza á impulsos de la ciencia de observación, que desde el siglo décimo-sexto había ido progresando afanosa y calladamente, mientras el pensamiento especulativo cautivaba la atención y conmovía el mundo con sus aparatosas construcciones subjetivas.

En efecto, á partir del Renacimiento, la razón humana se mueve en dos direcciones: la filosófica y la científica. La labor que en una y otra dirección lleva á cabo es la misma: disipar la niebla de prejuicios, supersticiones y dogmatismos acumulados durante los siglos de ignorancia de la Edad Media y que se interponían como denso velo entre el pensamiento y la realidad. Estas direcciones no son paralelas, pero sí confluyentes; parten de extremos opuestos y convergen á un mismo punto. Por la filosófica, la razón va descendiendo de los inaccesibles dogmas de la Teología á las elevadas cumbres de la Metafísica, y de éstas, á la observación lisa y llana de los fenómenos; por la científica, al contrario, partiendo de la realidad más simple y general, va la razón como ascendiendo á realidades cada vez más especiales y complejas, hasta subir á la más compleja y especial de todas: la social. Reseñemos á grandes rasgos este progreso científico, por todo extremo interesante.

El siglo décimo-sexto y la primera mitad del décimo-séptimo constituyen su primer período. Durante él, la inteligencia se ejercita principalmente en la más sencilla de las ciencias, las Matemáticas, que no necesitan del auxilio de ninguna y, en cambio, prestan condición á todas. Su triple objeto, el número, la extensión y la fuerza, ó sea el tiempo, el espacio y el movimiento, son propiedades universales de las cosas, que se encuentran en los confines más remotos del mundo, en las últimas cimas accesibles de la ciencia. Por los trabajos de Cardan, Vicle, Fermat, Stevin, Girard, Descartes y Pascal, que fundan la teoría de los números, el Álgebra moderna y la Geometría Analítica, las Matemáticas se constituyen en ciencia independiente, con sus leyes y métodos propios, y se dirigen por separado, con paso rápido y seguro, á la conquista de sus dilatados dominios. En pos de las Matemáticas, la Astronomía, ciencia muy simple y general también, pero un grado menos que aquélla. Estudia igualmente el número, la extensión y la fuerza; mas no en sí mismos, sino con aplicación á las relaciones entre los cuerpos celestes. La íntima conexión entre estas ciencias pónenla de relieve las denominaciones de Astronomía Matemática y de Mecánica Celeste. Por esto, los progresos de la Astronomía comienzan ya en el período anterior, correspondiendo á cada paso en el conocimiento matemático otro análogo en el astronómico, que representan Copérnico, Tico Brahe, Keplero y Galileo; por esto, las Matemáticas realizan notables adelantos en la época de los grandes descubrimientos astronómicos, segunda mitad del siglo décimo-séptimo, que llenan los nombres de Leibnitz, revelador del cálculo infinitesimal; Newton, descubridor de la gravitación universal, y Huygens, que echa los cimientos de la Mecánica racional y de la óptica. Fúndanse Observatorios: el de Paris, bajo la dirección de Cassini; el de Greenwich, á cargo de Flamsteed, y luego de Halley, descubridor del cometa de su nombre; Picard mide un grado del Meridiano; se calculan las dimensiones del radio, diámetro y volumen de la Tierra, y se averigua, por observaciones tomadas en distintas

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA
V. A. N. L.

latitudes, la forma esferoidal del planeta. Á fines del siglo, los sueños de la Astrología habían sido disipados y creada la ciencia astronómica.

La Astronomía prepara el camino á la Física, un grado más compleja y menos general que aquella. Las Matemáticas, la Mecánica, la Astronomía pueden estudiarse sin necesidad de conocer las leyes relativas á barología, termología, acústica, óptica y electricidad; pero imposible estudiar ninguna de estas leyes sin el auxilio de aquellas ciencias. La ley de la pesantez, por ejemplo, es un caso particular de la gravitación universal, y serían vanos los esfuerzos que se hicieran para estudiar la primera sin el conocimiento previo de la segunda. De aquí que la Física no se eleve á ciencia sino después de la Astronomía, durante el siglo décimo-octavo, en que Schede descubre las propiedades químicas de la luz; Black, el calor latente de los cuerpos; Wilke y otros, el específico; se graduan los termómetros; Watt inventa la máquina de vapor; Coulomb, la balanza de torsión para medir la fuerza magnética, y por los trabajos de Sigard de Laffón, Muschenbroek y Franklin se construyen la máquina eléctrica, la botella de Leide y el pararrayos. Sobre la Física, la Química, que representa un grado más en el orden de complejidad y especialidad de las energías, y no puede ser estudiada sin el concurso de las ciencias anteriores. Por esto no ha logrado desprenderse de los seculares prejuicios de la Alquimia hasta fines del siglo décimo-octavo, gracias á los experimentos de Priestley, Bergman, Lavoisier y Bertholet. Desde entonces, perfectamente deslindado su campo, en posesión de una teoría simple y fecunda y de métodos precisos de análisis y síntesis, la Química ha multiplicado rápidamente sus descubrimientos y sus aplicaciones industriales.

Por virtud de estos descubrimientos y sobre la base de los grandes trabajos realizados desde el siglo décimo-séptimo en Historia Natural y que traen á la memoria los nombres de Buffon, Linneo y los Jussieu, entre otros, se ha ido despejando de añejas supersticiones el campo de otra ciencia abstracta, la Biología. Las propiedades vitales resultan de un grado superior de combinación y concentración de las energías, y no pueden ser percibidas sino á continuación de las propiedades químicas. Por esto la Biología no se constituye en ciencia hasta mediados del siglo décimo-noveno, como fruto de las investigaciones de Goethe, Bichat, Lamarck, Cuvier, Geoffroy-Saint-Hilaire, von Baner y Darwin, que la han dotado de leyes y métodos propios. La Biología abre el camino á la Psicología, al estudio de la actividad consciente, que constituye un caso especial y más complejo de la actividad vital. Circunscrita antes de ahora á la deficiente y á menudo ilusoria observación interna, la Psicología no se ha emancipado de la tutela metafísica y erigido en ciencia hasta la segunda mitad del siglo último, casi en nuestros días, á medida que los laboratorios fisiológicos le han suministrado instrumentos de experimentación. Sus fundadores son todos contemporáneos y muchos de ellos viven aun: Stuart Mill,

Bain, Spencer, Fechner, Weber, Lotze, Wundt, Taine, Ribot, Siciliani, Sergi y muchos más. Llegamos, en fin, á la Sociología, la más compleja y especial de las ciencias y que, por esto mismo, necesita del auxilio de todas ellas. No puede decirse que la Sociología se halle á estas horas definitivamente constituida; pero la gran actividad que se invierte en su estudio es segura prenda de que no tardará en acabar de definir sus dominios y fijar sus métodos.

Tal ha sido, desde el siglo décimo-sexto, el fecundo y admirable movimiento científico: débil é inadvertido en sus comienzos, ha ido creciendo sin cesar en vigor é importancia, hasta quebrantar en la primera mitad de la centuria que historiamos la dirección metafísica y suplantarla por completo en la segunda. A su influjo, Inglaterra, Francia y Países Bajos abandonan el teatro de las luchas metafísicas á principios del siglo, y el vigoroso idealismo alemán empieza á decaer desde la Revolución Francesa de mil ochocientos cuarenta y ocho. Prodúcese entonces en Alemania una verdadera anarquía en el orden de las ideas: á un lado, los discípulos de los anteriores grandes maestros, desde Kant hasta Beneke; á otro, la renovación de los antiguos sistemas con los nombres de neo-aristotélicos y neo-tomistas; acá, el materialismo provocado por el abuso del idealismo y que estuvo en boga durante algún tiempo; acullá, los nuevos sistemas de Lotze y de Hartmann. Consideremos las principales de estas direcciones, empezando por la materialista.

Hay quien mira al autor de la *Vida de Jesús*, el hegeliano David Federico Strauss, como padre del materialismo; otros, con más acierto, señalan como tal á Luis Feuerbach, que en sus *Principios de la Filosofía del Porvenir*, publicados en mil ochocientos cuarenta y nueve, hace del hombre «el objeto único, universal, supremo de la Filosofía, y de la Antropología, la ciencia universal». En su sentir, la realidad y la sensibilidad son una y la misma cosa; y este es su aspecto materialista. He aquí cómo expone este concepto: «Verdad, realidad, mundo de los sentidos son cosas idénticas. El sér sensible es el único verdadero, el único real; el mundo de los sentidos, la única realidad y verdad». «Solamente con el auxilio de los sentidos nos es dado un objeto en el propio significado de esta palabra; donde no hay sentidos no hay sér, no hay objeto real».—«La filosofía antigua tenía por punto de partida esta tesis: Yo soy un sér absoluto, único sér pensante; el cuerpo no es parte de mí mismo. La filosofía moderna, por lo contrario, empieza por la tesis: Yo soy un sér real, sensible; el cuerpo forma parte de mi sér; es más, el cuerpo en su conjunto es mi yo, mi sér mismo.»—«La verdad y lo divino no tienen necesidad de demostración, son inmediatamente ciertos por sí, absolutamente limpios, indubitables, claros como el sol. Pues sólomente el mundo de los sentidos es claro como el sol; solamente donde este mundo comienza acaba toda duda, toda discusión. El secreto del saber inmediato es, por tanto, lo sensible».

Estas proposiciones se rozan con el materialismo, mas no son por completo materialistas, por no ser ideas idénticas materialidad y mundo de los sentidos, dado que lo mismo la materia que la forma son objeto de éstos. Así Feuerbach puede mostrarse, sin incurrir en contradicción, ideólogo en estas otras proposiciones: «El sér es un secreto de la intuición, de la sensación, del amor. Sólo en la sensación, sólo en el amor, tiene el individuo valor absoluto; allí se encuentran lo finito y lo infinito».... «Solamente en el amor, Dios, que cuenta los cabellos de la cabeza, es verdad y realidad.—Las sensaciones humanas tienen valor ontológico, metafísico; en ellas se ocultan las verdades más profundas, más sublimes. El amor, por tanto, es la verdadera prueba ontológica de la existencia de un objeto fuera de nuestra cabeza. Solamente aquello cuya existencia proporciona alegría, solamente aquello cuya no existencia proporciona pena, sólo aquéello existe». Para Feuerbach, únicamente es verdad lo que es verdad para el hombre, esto es, lo que se percibe por medio de los sentidos humanos; las sensaciones son no solamente fenómenos naturales en el hombre, sino también pruebas de la verdad y realidad de las cosas. «No solamente lo finito, el fenómeno, también el sér verdadero, divino, es objeto de los sentidos».—«No solamente lo exterior, también lo interior; no solamente la carne, también el espíritu; no solamente la cosa, también el yo, son objeto de los sentidos». En estas proposiciones, Feuerbach incurre en el prejuicio corriente de admitir la existencia de un pensamiento insensible, completamente puro y abstracto, sin material alguno de sensación.

La parte más original del sistema de Feuerbach es el principio ético, que puede denominarse *tuismo*. «El idealismo acierta al buscar en el hombre el origen de las ideas; se equivoca al querer derivarlas del ser aislado, como existente por sí, del yo sin un tú, dado por los sentidos». Las ideas no nacen sino por la comunicación, por la conversación del hombre con el hombre. «Es menester dos seres humanos para procrear un sér humano, intelectual lo mismo que físico». «La esencia del hombre se contiene en la sociedad, en la unión íntima del hombre con el hombre, unión que descansa, sin embargo, en la distinción real del yo y del tú». «El aislamiento es lo finito y limitado; la asociación es la libertad y la infinitud. El hombre solo, en sí, es hombre en el sentido usual; el hombre con el hombre, la unidad del yo y del tú, es Dios».

La *Gaceta Universal* de Ausburgo inició la lucha del materialismo contra la ciencia oficial con las *Cartas fisiológicas* de Wagner, publicadas en los comienzos del año mil ochocientos cincuenta y dos, y fueron campeones de esta lucha, por parte del materialismo, Moleschott, que en Abril del mismo año dió á la prensa su *Circulación de la Vida*; Vogt, que casi renovó el espectáculo de las grandes polémicas religiosas del tiempo de la Reforma con *La fe del carbonero y la ciencia*, y Buchner, cuyo libro, *Fuerza y Materia*, circuló por toda Europa y provocó en todas partes críticas más virulentas que ninguna otra publicación. «Por su naturaleza, dice Buchner en el prólogo de su libro, la filosofía

es un dominio intelectual común á todos. Las demostraciones filosóficas que no pueden ser comprendidas por todos los hombres instruidos, no valen, á mi entender, la tinta topográfica que se gasta en imprimirla. Lo que se piensa claramente puede enunciarse también con claridad». Todo esto es muy discutible. Buchner se olvida de las aptitudes. La filosofía es un campo intelectual común á todos del mismo modo que las demás ciencias, lo que no quita para que, en razón de las aptitudes, sea comprendida por unos más fácilmente que por otros. Que lo claramente concebido claramente se enuncia, es cierto; pero á condición de que los oyentes tengan la necesaria preparación para entenderlo.

Buchner incurre en dos inconsecuencias: el relativismo y el idealismo, incompatibles uno y otro con el materialismo. El primero está explícito en la proposición, varias veces repetida, de que «los enigmas finales de la vida y de la existencia son completamente insolubles». Las investigaciones empíricas, añade, «únicas que pueden conducirnos á la verdad, no nos permiten admitir nada suprasensible. Si nuestro pensamiento franquea los límites de la experiencia, nos hundimos en el error. La fe, que desde este punto nada tiene que ver con los hechos, puede ir á estrellarse en aquellas regiones; la razón, de ningún modo. La filosofía debe ser el resultado de las ciencias físicas; debemos contentarnos con lo que ellas nos enseñan, mientras no llegemos por este camino á una concepción más profunda». Su espiritualismo está claramente expresado en este pasaje del capítulo *El pensamiento*: «El pensamiento, el espíritu, el alma no tienen nada de material; no son siquiera materia, sino un conjunto de fuerzas diversas reducido á unidad, el efecto del concurso de varias materias dotadas de fuerzas ó de propiedades». Compara este efecto al de una máquina de vapor, cuya fuerza es invisible, inodora é imperceptible, mientras que el vapor desprendido es cosa secundaria y nada tiene que ver con el «fin de la máquina». Una fuerza no puede ser *construida idealmente*, sino según sus manifestaciones. «La fuerza y la materia son inseparables, pero el pensamiento establece una gran diferencia entre una y otra; llegan hasta negarse recíprocamente. Por lo menos, nosotros no sabríamos cómo definir la inteligencia y la fuerza sino como inmateriales, excluyendo naturalmente la materia, ó siéndole opuesta». Es obvio que, con esta base, le sobra al espiritualista para fundar todo su sistema.

En cuanto al problema del conocimiento, á la relación entre el *sujeto y el objeto del conocer*, verdadera manzana del pecado desde Kant, lo resuelven los materialistas alemanes conforme a la filosofía de la naturaleza, que aspiraba á conocer las cosas en sí, del mismo modo que la antigua metafísica. «Sabemos lo que las cosas son para nosotros, dice Moleschott en su *Circulación de la Vida*; sabemos cómo el sol luce para nosotros, cómo la flor exhala perfumes para los hombres, cómo es el árbol para nosotros. Pero esto no basta; se quiere saber lo que es el árbol en sí. ¿Mas dónde está el árbol en sí que se busca? Todo saber ¿no presupone un sér que sabe, esto es, una relación entre el objeto